Discurso inaugural
CXXX Asamblea Plenaria
de la Conferencia Episcopal Española

© Conferencia Episcopal Española
© Editorial EDICE
Edificio «Sedes Sapientiae»
C/ Manuel Uribe, 4
28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edicion.edice@edicionescee.es

Primera edición: Madrid, 2026

Imprime: Campillo Nevado

Depósito legal: M-29176-2026

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier forma y por cualquier medio sin autorización expresa, bajo pena de incurrir en la violación de los derechos de propiedad intelectual.

Impreso en España - Printed in Spain

Conferencia Episcopal Española

CXXX Asamblea Plenaria

Discurso inaugural del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Luis Javier Argüello García

Arzobispo de Valladolid

Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 16 de noviembre de 2026

Editorial EDICE · Madrid 2026

Saludo inicial

Cardenales, arzobispos y obispos, administradores diocesanos, excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad en España.

Continúo saludando a los sacerdotes, laicos y consagrados, medios de comunicación social, queridos vicesecretarios, directores y trabajadores de esta casa. Bienvenidos y gracias por vuestra presencia.

Felicitamos al Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor don Octavi Vilà Mayo, recién nombrado Arzobispo de Barcelona. Por ello, felicitamos también al Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal don Juan José Omella Omella, a quien el Santo Padre le ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la archidiócesis de Barcelona.

Asimismo, felicitamos y damos la bienvenida a los Excelentísimos y Reverendísimos señores don Andrés Martínez Esteban y don Fernando Murga Gómez, recién nombrados obispos auxiliares de Madrid el pasado 16 de octubre de 2026. Al tiempo que felicitamos también al Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal don José Cobo Cano, arzobispo de Madrid, por los recién nombrados auxiliares; encomendamos

al Señor Jesús su nueva etapa del ministerio sacerdotal que el Santo Padre les encomienda.

Nos encaminamos hacia el final del año litúrgico en el que celebraremos la segunda venida de Jesucristo como Rey del universo y Señor de la historia. Mientras tanto, continuamos nuestra peregrinación «"en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios", anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva»[1]. Muchos son los acontecimientos eclesiales y sociales vividos desde nuestra anterior Asamblea Plenaria; nos encontramos, además, en plena campaña electoral ante las próximas elecciones del 29 del mes en curso.

Permitidme reflexionar con vosotros al hilo de algunos de estos asuntos.

1. El viaje apostólico de León XIV: alegría, pueblo y nuevo aliento misionero

Los ecos del viaje del papa León XIV siguen resonando entre nosotros; en estos días la visita a las Iglesias hermanas de Hispanoamérica en Argentina, Uruguay y Perú reaviva la alegría y el compromiso suscitado en los inolvidables días del pasado junio. El viaje apostólico del papa León XIV a España ha asombrado dentro y fuera de la comunidad cristiana; quizá podamos decir con Guardini: la Iglesia «ha despertado en las almas». Las palabras, las acciones y los gestos del Papa han desplegado la misión entera de la Iglesia: la predicación de la Palabra, la celebración de la liturgia y el

[1] Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium* (1964), n. 8.

testimonio de la caridad. Se ha dirigido a los sentimientos, a la razón y a la voluntad, y nos ha convocado a la acción apostólica. Nos ha llenado de alegría reconocernos como pueblo e impulsarnos a la misión.

1.1. Alzar la mirada

El Papa nos ha invitado a alzar la mirada hacia tres lugares: la cruz gloriosa de Cristo, el misterio de la Iglesia y los pobres, desde quienes Jesucristo juzga la historia. Es una invitación dirigida a todo el pueblo de Dios, «alzad la mirada», y exige una respuesta personal, «alzo la mirada». Con los ojos iluminados no nos desentendemos de las relaciones ni de la historia, miramos con mayor profundidad todo lo que nos rodea.

1.2. Tres ejes de su mensaje

Jesucristo.— El Papa fundamenta todo su mensaje en la persona de Cristo, en su presencia viva en la eucaristía, en los pobres, en la comunidad eclesial y en la historia. El kerigma se ofrece como servicio, no como imposición, porque Jesucristo «no nos quita nada y nos da todo». La cruz que corona la torre de la Sagrada Familia se convierte en «estandarte de caridad», signo de esperanza donde hubo un instrumento de muerte. Con la imagen de Nicodemo, propuso al hombre contemporáneo reconocerse «peregrino en la noche», llamado a «renacer de lo alto»; las noches personales, eclesiales y sociales no son fracasos sino «espacio para renacer».

La dignidad humana.— Es el hilo conductor de casi todos sus discursos[2], con fundamento teológico explícito. El ser humano, creado a imagen de Dios, vale por un don que lo precede y lo excede, no por sus capacidades, riquezas o funciones. Por eso, toda sociedad justa se edifica sobre una dignidad que «precede a toda concesión del Estado» y no puede quedar sujeta al vaivén de las mayorías. La defensa de la vida, desde la concepción hasta su ocaso natural, no es un interés confesional sino «una meta de civilización», y la grandeza moral de una nación se mide por su capacidad de «acompañar, proteger y amar» las vidas más frágiles. Ante los inmigrantes, la expresión de León XIV es ya un emblema: «La dignidad humana no tiene pasaporte ni pierde valor al cruzar una frontera».

Una Iglesia en comunión y en camino.— En tiempos de polarización, León XIV propone la imagen del mosaico, donde «muchas teselas, sin confundirse, convergen para manifestar la belleza del único Señor». Trabajar juntos no es cuestión de estilo, sino necesidad «fisiológica» del Cuerpo de Cristo, y esa comunión interior tiene «una fuerza misionera» hacia otros cristianos, otras religiones y quienes no creen. El camino sinodal es escucha en profundidad, y los consejos parroquiales y diocesanos son espacios de discernimiento, no organismos burocráticos. La eucaristía, fundamento de la unidad, no se encierra en la devoción privada, la unión con Cristo es unión con todos aquellos a los que Él se entrega.

---

[2] Días antes se había hecho pública la carta encíclica *«Magnifica humanitas», sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial,* firmada el 15 de mayo. Los discursos del Papa la tuvieron como punto de referencia.

1.3. Los pobres y los santos

Los pobres han sido la referencia para el juicio histórico, cultural, económico y político que el Papa ha realizado en un genuino ejercicio de doctrina social de la Iglesia. León XIV invita a superar el asistencialismo compasivo, denuncia las injusticias que empobrecen, reclama una política del bien común y atiende las pobrezas afectivas, morales y espirituales con la ternura del Corazón de Jesús. María, en sus advocaciones de la Almudena, Montserrat, la Merced y el Carmen, ha sido compañera de viaje, y los santos —Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Ignacio de Loyola, Juan de Ávila, Toribio de Mogrovejo y Hernando de Talavera— han sido ofrecidos como maestros de vida.

1.4. La belleza de la catolicidad

El viaje ha permitido contemplar la belleza de la catolicidad, la del corazón que se mueve por todas las dimensiones íntimas, relacionales e institucionales de la persona; la de la Iglesia universal y particular; la de una presencia pública que encarna la caridad en diálogo con la sociedad. Esa belleza une la dignidad humana, desde el seno materno hasta el último instante de la vida en la tierra, con todas las personas del recorrido existencial, en especial con quienes están heridos o tirados en las cunetas de la historia. Contemplar la catolicidad supone ahora una responsabilidad especial para proponerla como respuesta adecuada a la complejidad del momento a la que se refirió en su primer discurso en el Palacio Real. Esta catolicidad lleva consigo la reciprocidad como propuesta de diálogo y relación entre diferentes, tanto en el seno de

la Iglesia como en la sociedad. Ante la polarización fruto de la dialéctica de contrarios, la reciprocidad en la catolicidad.

1.5. Discurso a los obispos de España: «Señor, danos tu corazón»

Me detengo algo más en el discurso que el Papa nos dirigió en este lugar, en la que fue nuestra Asamblea Plenaria presidida por el Sucesor de Pedro, cabeza del Colegio Episcopal del que formamos parte, con él, en la sucesión apostólica. Cuando León XIV se reunió con nosotros, nos dejó una imagen, la de un viaje; un viaje cuyo destino es Dios, hacia quien alzamos la mirada, un viaje que hacemos sobre todo en nuestro interior. Vuelvo sobre aquellas palabras:

Las tentaciones del camino.— El Papa nos advirtió de tres: quedarnos anclados en lo que dejamos atrás, cargar con equipajes innecesarios y perder raíces y vínculos. Para sortearlas nos dio un criterio exigente: libertad y valentía para dejar las estructuras que no ayudan, y fortaleza para conservar lo que conduce a Dios.

Los tesoros que llevamos.— Tenemos un inmenso patrimonio cristiano que conecta con creyentes y no creyentes y forma parte de la identidad espiritual de nuestro pueblo. Tenemos, sobre todo, el viático del peregrino: la Palabra y la Eucaristía, fuente de vida y de sentido. Ese patrimonio debe ser siempre instrumento de encuentro y oportunidad de comunicación.

Los desafíos.— Existe una incomunicación cultural, social y pastoral que nos pide aprender el lenguaje del otro y generar corresponsabilidad. En nuestro viaje hay «llanuras vacías»,

soledad, envejecimiento, migraciones. Frente a ello, el Papa nos pide creatividad misionera, construir nuevas realidades, usar nuevos lenguajes e inspirarnos en los grandes modelos históricos de evangelización. Eso exige una comunicación encarnada que se abaja para comprender y compartir, comunidades capaces de generar vida y transmitir la fe por sí mismas, y procesos pastorales basados en la escucha, el respeto y el acompañamiento.

La comunión, corazón del camino.— Es Cristo quien conduce y la Iglesia está llamada a ser unidad en la diversidad y comunión viva de carismas. A nosotros nos corresponde custodiar la fe, promover la unidad, sanar fracturas y animar la misión. Una Iglesia reconciliada tiene mayor fuerza evangelizadora. Por eso, el camino sinodal, como proceso de escucha profunda, es una forma de reconocer la voz de Dios en la comunidad.

El desafío vocacional.— Muchos jóvenes se preguntan: «¿Para quién soy?». La respuesta nace de comunidades vivas, de un testimonio auténtico y de la alegría evangélica. El Papa nos ha pedido, en los seminarios, dar prioridad a la formación de la persona vocacionada sobre las estructuras, cuidar una formación sólida y trabajar juntos entre diócesis. Nos ha pedido también valorar a los laicos como vocación y no solo como función, favoreciendo su pertenencia eclesial y una misión compartida.

Las heridas.— El Papa nos pidió una atención especial a las víctimas de abusos: escucha, justicia, reparación y prevención. No es un capítulo accesorio de nuestro ministerio, sino parte de la credibilidad del Evangelio que anunciamos.

Un mundo secularizado.— Muchos no rechazan a Dios, buscan sentido, esperanza y pertenencia. Tenemos algo que ofrecerles, a Jesucristo, un amor que transforma y una caridad concreta.

María y san Juan de Ávila.— En esta «Tierra de María», la Virgen nos enseña escucha y fidelidad, y es madre de comunión y esperanza. La fuerza de la Iglesia nace de la santidad, la comunión y la fidelidad. San Juan de Ávila, modelo de vida sacerdotal profunda y de renovación, nos recuerda lo que el Papa espera de los sacerdotes: que sean enamorados de Cristo, hombres de oración y cercanos al pueblo.

Concluyo con la súplica con la que el Santo Padre cerró su discurso: «Señor, danos tu corazón». Un corazón para caminar, para escuchar, para servir y para anunciar. Porque la Iglesia que acoge el corazón de Cristo posee la luz que guía, sostiene y da fuerza en todo camino.

1.6. Un acontecimiento preparado

Un viaje del Sucesor de Pedro es motivo de gran alegría y supone un enorme desafío para las Iglesias locales. Dirigido a la comunidad católica, alcanza también a la nación que lo recibe, y por eso tiene un contenido pastoral con clara incidencia social. Su preparación exige equipos pastorales, institucionales, logísticos y de comunicación, además de acreditaciones y financiación, coordinados por un equipo central y por equipos locales en cada sede. La respuesta de tantos miles de personas, entre la oración y el voluntariado, ha mostrado que la dimensión organizativa y la espiritual

caminan juntas. El viaje fue, además, expresión visible de la catolicidad: la Iglesia universal que acontece en cada Iglesia particular y de la colegialidad que el Obispo de Roma viene a resaltar. Lo logrado en un plazo récord en Madrid, Barcelona, San Felíu, Canarias y San Cristóbal de La Laguna merece ser recogido como experiencia para el futuro. Por ello quiero agradecer a todos los obispos y equipos de cada Iglesia particular el esfuerzo realizado; y, a todos los que, en esta Conferencia encabezados por Yago de la Cierva y Fernando Giménez, habéis desempeñado tan gran trabajo realizado bajo presión y no exento de dificultades: ¡muchas gracias!

1.7. Transformar la emoción en virtud

La visita ha sido una llamada vigorosa a la conversión, la comunión misionera y la santidad. Nos hemos reconocido pueblo entre los pueblos y nos hemos sentido juzgados y evangelizados por los pobres. Esa evangelización nos compromete a anunciar la Palabra, celebrar la liturgia y ejercer la caridad en una sociedad española que ha mostrado un seguimiento extraordinario y un deseo de recibir palabra de verdad, propuesta de regeneración ética y consuelo para las dificultades de la existencia. Cuidar este legado es responsabilidad de toda la Iglesia y, de modo particular, de la Conferencia Episcopal Española, que ofrece materiales para leer los discursos, conversar sobre ellos e incorporar sus sugerencias a comunidades y grupos. Las emociones pasan; las virtudes permanecen. El viaje nos ha confirmado en la fe y en nosotros está ser testigos de ella como pueblo de Dios en camino. ¡Gracias, Santo Padre!

2. La sociedad española en el mundo global en vísperas de elecciones

No quiero ahora hacer una referencia directa a las próximas elecciones generales, pues espero que esta Asamblea pueda ofrecer alguna declaración al respecto, sino una reflexión sobre la situación actual de nuestra sociedad como comunidad política, como *demos* indispensable para que la democracia —sistema de gobierno, medio de acceso al poder, orientación de este hacia el bien común y también de control y limitación de ese mismo poder— tenga sentido.

Me refiero con ello a la cultura antropológica de una sociedad, es decir, a la estructura implícita del vínculo social que se supone que comparten sus miembros. Ese conjunto de valores, criterios y normas que parecen darse por sentados, cualesquiera que sean las divergencias políticas o filosóficas entre unos y otros, todo ello forjado en una historia y una larga tradición comunes, que la sociedad conservaría en sus raíces y en su memoria.

Nuestro problema no es ya que nuestra cultura (relación entre antropología, economía, política y tradición ética y filosófica encarnada en una sociedad que habita un territorio) viva tensiones de multiculturalismo o interculturalidad, sino que se está produciendo, en expresión de Olivier Roy[3], una «desculturación» global. La cultura, conjunto de significados implícitos, jerarquizados y transmitidos (una tradición, una concepción del hombre, un canon, una manera de situarse ante lo sagrado, lo bello o lo justo) se ha ido sustituyendo

[3] Olivier Roy, *L'Aplatissement du monde: La crise de la culture et l'empire des normes* (Seueil, Paris 2022) y *L'Impossible Contre-Révolution culturelle* (Seueil, Paris 2026).

por *normas y códigos explícitos*[4], reglas formales, procedimientos, algoritmos, lenguajes binarios, categorías jurídicas y morales estandarizadas como «lo políticamente correcto». Esos códigos funcionan igual en cualquier lugar y no necesitan una cultura que los respalde. El mundo se «aplana» porque pierde profundidad y jerarquía simbólica, todo se vuelve intercambiable, horizontal y formalizable.

Todo ello se ha venido gestando, en un ambiente de fuerte secularización, a partir de los cuatro grandes cambios contemporáneos: la liberación de las costumbres promovida por la revolución sexual de la década de 1960, la revolución de internet, la mercantilización neoliberal y la desterritorialización vinculada al fin del Estado-nación y a las migraciones. Tres grandes bio-ideologías: la ideología de género, la ideología de la salud y la ideología del ecocapitalismo[5],

---

[4] Pensemos en estos días entre *Halloween* y *Black Friday,* rodeados de *reels, scroll,* escuchando una neolengua *globish* que nos habla de *compliance,* empoderamiento, transparencia, *accountability,* implementación, etc., con una permanente perspectiva DEI (Diversidad, Equidad, Inclusión), marco conceptual y estratégico que se utiliza en empresas e instituciones educativas en todo el mundo.

[5] Aquí entran en juego las bio-ideologías del neocapitalismo y su ADN totalitario. El control demográfico y cultural de los pueblos empobrecidos y de las sociedades enriquecidas exigía un aparato ideológico eficaz que justificase las medidas biopolíticas que debían imponerse. Las esterilizaciones, la utilización masiva de anticonceptivos, el aborto, la agresión sistemática al matrimonio y a la familia solo se podrían llevar a cabo si se imponía una cultura nueva, y para ello se diseñaron las bioideologías abundantemente financiadas, desde mediados del siglo XX, por las élites políticas y económicas de los países enriquecidos, desde la Fundación Rockefeller a los actuales «bio-tecno-filántropos».
Las tres principales ideologías biopolíticas son: la *ideología de género,* que relativiza, con apariencia de diversidad, la naturaleza humana para justificar su manipulación y erosionar su dignidad intrínseca, romper el matrimonio y la familia y debilitar a la persona y a la sociedad frente al poder; *la ideología de la salud* que convierte la llamada «calidad de vida» de una minoría en un imperativo por encima de consideraciones morales y el *eco-capitalismo,* que usa la «sostenibilidad» para justificar y mantener un régimen económico depredador. Han ido evolucionando a lo largo de los últimos

van preparando el camino al transhumanismo y posthumanismo[6] que pretenden la superación de lo humano, lo que lleva consigo también la superación de la democracia. Los tecno-oligarcas defienden un capitalismo de la fragmentación —fragmentando el mapa en distintos espacios jurídicos, puertos francos, paraísos fiscales, zonas económicas especiales, ciudades estado…— para acabar

---

decenios integrando diferentes componentes que no tenían buena prensa después de la experiencia nacionalsocialista: la eugenesia, la eutanasia, el supremacismo, el ecoracismo, etc. Actualmente todas estas ideologías convergen orgánicamente hacia la gran bio-ideología del *transhumanismo/posthumanismo* en la que se pretende una purificación y transmutación elitista de la especie *homo sapiens*. La *super-inteligencia,* la *super-longevidad* y el *super-bienestar* son la trinidad biopolítica de la nueva especie posthumana. La manipulación del lenguaje, una buena estrategia de marketing y el control de los medios de comunicación han sido claves para entender este proceso. Y todo lubricado con inmensas cantidades de dinero. Es el nuevo liberalismo morfobiológico que asume y desborda al económico.

[6] Señala el papa León XIV: «Tratando de hacer emerger los presupuestos culturales que acompañan la revolución digital en curso, quisiera ahora dirigir la atención a algunas corrientes que interpretan el progreso como una superación del ser humano y que podemos clasificar con los nombres de transhumanismo y posthumanismo. Estas corrientes constituyen el trasfondo ideológico que reside en algunos centros de poder tecnológico y colonizan el imaginario colectivo de forma simplificada, especialmente en los medios y en las redes sociales, induciendo el entusiasmo por las nuevas tecnologías con una visión futurista de "humanidad potenciada" o de "hombre hibridado" con la máquina.

El transhumanismo y el posthumanismo comprenden en su interior una pluralidad de corrientes y sensibilidades, y resulta difícil hacer una descripción unívoca de ellas. Pueden ser comparadas con un archipiélago de islas conceptuales diferentes, pero unidas por el mismo mar de presupuestos: la centralidad de la técnica y el sueño de superar los límites de la condición humana. En general, el transhumanismo imagina una potenciación del ser humano por medio de las tecnologías —biomedicina, ingeniería del cuerpo, dispositivos, algoritmos—, con la aspiración de incrementar el rendimiento y las capacidades. El posthumanismo, sobre todo en sus versiones más radicales, va más allá: critica el antropocentrismo y plantea una forma de hibridación entre el ser humano, la máquina y el ambiente, hasta imaginar que atravesará el umbral en el que la humanidad se superará a sí misma, entrando en una nueva etapa evolutiva. Aun cuando estas hipótesis siguen siendo en gran parte especulativas, van adquiriendo relevancia, porque modifican el imaginario colectivo y, en consecuencia, orientan las decisiones sociales, económicas y políticas» (León XIV, carta encíclica *Magnifica humanitas* [2026], nn. 115-116).

con el poder del Estado-nación y con las limitaciones de la democracia.

Lo que más impresiona es el hecho de que la fragmentación del vínculo social y el aumento de la agresividad histérica, llena de desencanto, rabia e indignación, aparecen como efectos colaterales[7] de nuestro mejor descubrimiento: la dignidad de cada persona, la libertad del individuo. ¿Cómo ha podido ocurrir que la reivindicación de la dignidad de cada persona, de la que tan orgullosos estamos, nos haya conducido a semejante deterioro de las relaciones comunitarias, al que nos estamos resignando literalmente? Los nacimientos disminuyen, el deseo se ha apagado, dicen los expertos. Aumenta el número de la pobreza relativa. La política depende de la economía, la economía de la técnica, y la técnica no depende de nada, solo de sí misma. Las propias democracias occidentales sufren ahora de forma aguda los efectos sociales negativos de su evolución individualista y competitiva en un contexto de concentración del poder tecnológico y financiero.

El punto común de tantos debates, más bien soflamas, que polarizan la vida intelectual, social y mediática con fuertes implicaciones políticas, es poner en juego la cultura, en todos los sentidos de la palabra. Estas dialécticas de contrarios, de amigo-enemigo, nosotros o ellos, toman la forma de «guerra cultural» pero, en realidad, lo que está en crisis es la noción misma de cultura, ahora reducida a un sistema de

[7] Todo hace pensar que hemos caído en la trampa del tiempo del reloj: hemos transmitido a los jóvenes esta extraña euforia del futuro como optimización de un disfrute ilimitado, que ha de llegar con el progreso de los instrumentos adecuados (pero mañana, los que hoy están disponibles, ya serán obsoletos). Esta ingenuidad muestra ahora sus límites y ya no convence, el disfrute incluso de lo básico ya no llega a todos, surgen el desencanto y la rabia.

códigos explícitos, descontextualizados y, a menudo, globalizados que invaden tanto las universidades como nuestras cocinas, las luchas identitarias y las religiones, como también las prácticas sexuales e, incluso, las emociones debidamente catalogadas en emojis.

Si el modelo liberal de representación política, basado especialmente en los partidos y las elecciones, en una sociedad con una tradición cultural compartida, está en crisis, pues esa cultura no ha sido sustituida por otra, sino que ha dado paso a la expansión de un sistema de directivas normativas y de emociones inducidas, ¿en qué puede fundamentarse una toma de posición política en sentido fuerte, es decir, que afirme la legitimidad y el carácter deseable de aquello que sustenta el vínculo social? ¿Desde dónde edificar a largo plazo? ¿Qué destellos de esperanza vislumbramos?

Durante los últimos veinte años se manifiestan dos constantes en los movimientos de protesta, movidos por la indignación y la rabia, algunos llenos de nihilismo violento e inaceptable. ¿Qué lecciones ofrecen? Ocupan colectivamente un territorio delimitado y gritan un principio moral más que un programa político. La contestación se apoya hoy en dos cosas, la búsqueda de un vínculo social, de un colectivo en un territorio, y la protesta ética pues plantea, sencillamente, la cuestión del bien y del mal.

En los últimos meses hemos vivido en España fuertes experiencias que han tenido en común compartir una emoción desbordante como pueblo: la visita de León XIV, incluidos los 7 minutos de aplausos en las Cortes, el triunfo de la selección española de fútbol y la tragedia del accidente

ferroviario en Urda. Tres acontecimientos bien distintos y de muy diversa importancia, pero que han hecho surgir la emoción de sentirse pueblo más allá de creencias religiosas, aficiones deportivas o ideologías y de sabernos concernidos por propuestas, proyectos, éxitos y dramas comunes. Abrazos, aclamaciones, silencio, solidaridad inmediata… son expresión de un latido más profundo: somos pueblo, estamos vinculados, queremos gritar al unísono: ¡esto está bien!, ¡esto está mal!; aunque nos sepamos lejos de la realización plena del bien y vayamos incluso por sendas distintas que libremente hemos de elegir sin olvidar el marco común.

Dice san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi:*

> La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada (EN 20).

Este coloquio tiene hoy un doble desafío: para la Iglesia, la evangelización; para la sociedad, regenerar una antropología cultural. El vínculo social hay que reconstruirlo desde abajo, también hay que ofrecer gratis un vínculo fundante.

La Iglesia es ahora un faro. La acogida de los pontificados de Francisco y de León XIV lo demuestran, como también la relectura a la que nos invitan de Benedicto XVI, de los Papas anteriores y del Concilio. Eso no significa que la gente se vaya a convertir o reconvertir, no necesariamente; ni que el faro no tenga alguna mancha. Pero hace falta una

luz que ilumine y señale en un mundo dominado por la alta tecnología. Volvamos a *Evangelii nuntiandi:*

> Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación.
>
> Lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en *Gaudium et spes,* tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios (EN 19 y 20).

Hemos de salir de la doble vida: afirmar y reivindicar unos fines y medios en el templo y en las soflamas, y vivir en la vida familiar, social y pública, tanto en los fines como en los medios, conforme a los códigos y normas dominantes. Es preciso ir tejiendo redes, las que reabren la historia y agujerean los imperios. Estas se tejen con hilos, con un puñado de discípulos —¿cuántos queremos tener para ponernos en marcha?, ¿más que Jesús?— y con los samaritanos, los publicanos, las cananeas, las magdalenas, los zaqueos, las dos monedas de la anciana y los dos peces de los muchachos, ladrillos diferentes para una común edificación. La promoción de la vocación laical para ejercitar la

caridad política es muy necesaria. En esta Plenaria estudiaremos una propuesta de encuentro de laicos sobre la presencia pública. Las XLV Semanas Sociales se celebrarán en Zaragoza los días 5 y 6 de noviembre de 2027, centrando su reflexión en «La crisis de la democracia», con el propósito de generar un espacio de diálogo y discernimiento sobre los desafíos que atraviesan actualmente la vida pública y la convivencia social.

En esta situación, como afirmaba el papa Francisco, la sinodalidad es una profecía social[8]. Tanto la sinodalidad como la ecología integral asumen la perspectiva de las relaciones e insisten en la necesidad de cuidar los vínculos; por eso, se corresponden y se integran en el modo de vivir la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Termino esta reflexión con una cita del discurso de León XIV en el Palacio Real de Madrid:

> Vengo entre ustedes para confirmar, alentar e inspirar una renovada fidelidad de los creyentes al Evangelio, así como

---

[8] Refiere el *Documento final* del Sínodo: «Practicado con humildad, el estilo sinodal puede hacer de la Iglesia una voz profética en el mundo de hoy. "La Iglesia sinodal es como un estandarte alzado entre las naciones (cf. Is 11,12)" (Francisco, *Discurso para la conmemoración del 50 aniversario de la constitución del Sínodo de los Obispos,* 17 de octubre de 2015). Vivimos en una época marcada por el aumento de las desigualdades, la creciente desilusión con los modelos tradicionales de gobierno, el desencanto con el funcionamiento de la democracia, las crecientes tendencias autocráticas y dictatoriales, el dominio del modelo de mercado sin tener en cuenta la vulnerabilidad de las personas y la creación, y la tentación de resolver los conflictos por la fuerza en lugar del diálogo. Las prácticas auténticas de sinodalidad permiten a los cristianos desarrollar una cultura capaz de profetizar críticamente frente al pensamiento dominante y ofrecer así una contribución distintiva a la búsqueda de respuestas a muchos de los retos a los que se enfrentan las sociedades contemporáneas y a la construcción del bien común» (Francisco, XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Documento final «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión»* [2024], n. 47).

> una reconciliación y una cooperación más profundas entre las distintas fuerzas de esta Nación. […] Invito a todos, por amor a la verdad, a abandonar las narrativas divisivas y polarizantes de vuestra realidad social y de su historia, para pasar de las simplificaciones estériles a la apreciación fecunda de la complejidad.

Y con otra de las palabras pronunciadas por el Papa en Buenos Aires

> Hay bienes que una sociedad necesita y que ninguna política pública puede producir por sí sola. La confianza, el perdón, la disposición a servir y la conciencia de que la propia vida tiene un sentido que supera el éxito o la utilidad se cultivan en la conciencia personal y en la vida de las familias y las comunidades[9].

Si se trata de reconstruir vínculos, hablemos de una alianza que genera vínculos: la familia.

3. Matrimonio y familia hoy: escuchar, acompañar, enviar

Así, relacionado con la reflexión anterior, quiero ofrecer un eco del encuentro de presidentes de conferencias episcopales y jefes de las Iglesias católicas orientales, «El anuncio del Evangelio con las familias de hoy», diez años después de la exhortación apostólica *Amoris laetitia* (AL). La Iglesia no se limita a conmemorar un documento, se pregunta qué ha hecho Dios en estos años en medio de las familias y qué le

[9] León XIV, *Discurso en el encuentro con las autoridades, con la sociedad civil y con el Cuerpo Diplomático*. Buenos Aires, 8 de noviembre de 2026.

pide ahora. La dinámica del encuentro muestra un movimiento pastoral en tres tiempos: escuchar, acompañar y enviar.

La vocación a ser sacramento de la alianza hace del vínculo matrimonial una propuesta adecuada a la actual sociedad desvinculada, como ya reflexionamos en el documento de esta Conferencia «El Dios fiel mantiene su alianza»[10]. Por otra parte, encontramos, en la reducción de la persona a individuo autónomo, la principal dificultad para proponer esta vocación y mantener su presencia en el tiempo.

3.1. Punto de partida: continuidad y escucha

La convocatoria del encuentro se inscribe en la continuidad del Concilio Vaticano II y las exhortaciones apostólicas *Familiaris consortio* (1981) y *Amoris laetitia* (2016). Retoma el método de Francisco: no se puede hablar de la familia sin escuchar a las familias. El encuentro se compara con Hechos 14 y 15, cuando Pablo y Bernabé cuentan «todo lo que Dios había hecho con ellos». La realidad familiar es lugar de aprendizaje, no mero objeto de análisis.

En la escucha se constata un desafío común y una respuesta católica. Las diversas intervenciones han resaltado la presión de una propuesta cultural global que afecta, con matices, a casi todo el mundo —desinstitucionalización de la convivencia conyugal, caída dramática de la natalidad y rupturas—. Reclama una respuesta católica, integral y universal, pero encarnada en cada Iglesia y sociedad concreta.

---

[10] Conferencia Episcopal Española, *«El Dios fiel mantiene su alianza» (Dt 7,9). Instrumento de trabajo pastoral sobre persona, familia y sociedad ofrecido a la Iglesia y la sociedad española desde la fe en Dios y la perspectiva del bien común* (EDICE, Madrid 2023).

El diagnóstico evita la idealización y el catastrofismo. La familia sigue siendo lugar de revelación, transmisión de la vida y aprendizaje del perdón, pero vive entre soledad, precariedad laboral y de vivienda, cultura digital, individualismo, movilidad, guerras, violencia y crisis de comunicación en el hogar. La tensión de fondo es que permanece vivo el deseo de amar y ser amado, pero se ha debilitado la confianza en un amor estable, definitivo y fecundo. Junto a grandes cambios —identidad familiar, movilidad, desigualdad— aparecen bellezas —el cuidado, la fortaleza en la dificultad y el diálogo—. Ya desde el principio se propone pasar de una misión dirigida a las familias a una misión entre ellas. Familia e Iglesia son realidades relacionales y se transforman mutuamente. La Iglesia debe configurarse como casa de acogida y refugio, familia de familias, y el matrimonio como Iglesia doméstica presente en la Iglesia y en el mundo. También constatamos su papel en la transmisión de la fe, como acaba de hacer el documento *Venite ad me* (2026) del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, en sus números 31-39. La quiebra de la transmisión de la fe, en este cambio de época, está muy relacionada con la crisis de la familia pero, al mismo tiempo, la fragilidad de las familias está relacionada con la gran carencia de iniciación cristiana que muchos candidatos al sacramento del matrimonio ponen de manifiesto.

3.2. Acompañamiento antes y después de la celebración del matrimonio

Una de las ideas que más resonaron en el encuentro fue que el matrimonio es una vocación y debe ser anunciado, discernido, preparado y acompañado antes y después del

consentimiento sacramental. La familia es Iglesia doméstica, no es solo ámbito de atención pastoral, sino lugar donde se revela el amor de Dios, se aprende la fe y se transmiten los valores y virtudes del Evangelio. Por eso, la pastoral familiar no es una tarea secundaria, sino dimensión esencial de una Iglesia llamada a ser hogar, compañía y esperanza.

Los jóvenes no han perdido la sed de amor; se ha debilitado la confianza en que pueda perdurar. El miedo al compromiso suele ser signo de heridas e inseguridades. Pesan la provisionalidad, la precariedad, la influencia digital y una visión fragmentada de la sexualidad. ¿Cómo pasar de la exigencia de una norma a la propuesta de una vocación que alegra y compromete? Una pedagogía positiva que no rebaja el ideal, sino que lo hace creíble desde la oferta de la gracia y el testimonio de una compañía que acompaña, a través de un matrimonio y una comunidad que haga visible la familia de familias. Con tantos novios que ya conviven, se pide actuar «ni desde la indiferencia ni desde la condena», sino ofreciendo el ideal cristiano con gradualidad, acompañando hacia la celebración más plena y significativa posible del sacramento.

Para los primeros años de matrimonio se sugirió una mistagogía del vínculo sacramental. El sacramento celebrado debe convertirse en sacramento vivido, pasando del «yo» y el «tú» al «nosotros». Las crisis ordinarias pueden leerse como momentos pascuales. La Iglesia suele llegar tarde a la historia de cada pareja. En el encuentro se sugirió una pastoral de procesos con presencia en momentos clave: primer año, llegada de los hijos, transiciones, crisis. Estos matrimonios necesitan aprender a construir el «nosotros», integrar a las

familias de origen, ordenar la vida cotidiana y afrontar los conflictos.

Esto pide itinerarios integrales y progresivos en los que se contemple:

— educación afectiva y sexual desde edades tempranas, porque hay que aprender a amar;

— discernimiento vocacional y preparación matrimonial más personalizada;

— acompañamiento tras la boda, grupos de matrimonios jóvenes y presencia en los momentos decisivos;

— servicios de orientación y mediación para quienes atraviesan dificultades;

— y matrimonios acompañantes que, sin presentarse como modelos perfectos, compartan su fe, su aprendizaje, su fragilidad y su esperanza.

En el acompañamiento se reconoce la fragilidad como categoría transversal, pues forma parte de la condición humana y de la Iglesia. Para las situaciones concretas —crisis, separados vueltos a casar, personas alejadas de la comunión sacramental— el camino es el discernimiento. La asamblea sugirió mayor clarificación de criterios sobre los temas que han sido más conflictivos en torno al capítulo VIII de *Amoris laetitia*. Se pide ayudar a saber distinguir entre pertenencia eclesial y comunión eucarística. Se ha animado a coordinar parroquias, tribunales, delegaciones diocesanas de familia y servicios de orientación y mediación para poder realizar un acompañamiento que propicie un discernimiento adecuado. En este se afirmó un criterio: la verdad y misericordia

se reclaman mutuamente y no se excluyen. La verdad del Evangelio lleva dentro de sí la misericordia y las entrañas de misericordia ofrecen la verdad como camino de sanación y restauración. Las dificultades no anulan la esperanza, constituyen una llamada a una pastoral más cercana, paciente y profunda sin buscar atajos.

La Iglesia puede llegar antes, escuchar mejor, acompañar procesos y ofrecer personas y comunidades cercanas para vivir estos itinerarios.

3.3. La familia, sujeto de la misión

Las familias no son solo destinatarias de la pastoral, sino sujetos activos de la misión. Su aportación reside en su mismo ser cuando la vida cotidiana encarna el Evangelio. Esto exige reconocer la ministerialidad de los matrimonios, confiarles responsabilidades reales, incorporarlos a la formación de seminaristas y agentes de pastoral, superar el clericalismo y adaptar horarios y estructuras a la vida familiar. Una comunidad, familia de familias, que acoge, acompaña, forma, discierne y envía.

La Iglesia debe caminar con las personas en sus historias concretas, porque acompañar a las familias es acompañar la vida. No se trata de elegir entre doctrina y misericordia, ni entre ideal y realidad, sino de anunciar que el amor fiel, fecundo y misericordioso sigue siendo posible. Para ello la Iglesia debe escuchar a las familias, acompañarlas con verdad y misericordia y enviarlas como protagonistas de la evangelización, pues son lugar de comunión, cenáculo de oración, pequeñas iglesias domésticas.

Se han recomendado cuatro giros en la acción pastoral:

— De una pastoral de eventos a otra de procesos.

— De una pastoral para las familias a otra pastoral con y desde ellas.

— De la clasificación de situaciones al discernimiento personalizado.

— De un lenguaje que corre el riesgo de excluir al lenguaje de testimonio.

Quedan preguntas abiertas: cómo acompañar la diversidad de situaciones sin diluir la verdad del matrimonio, cómo unificar criterios de discernimiento, cómo formar acompañantes para procesos largos, cómo responder a la cultura digital y a la precariedad, cómo reconstruir la transmisión de la fe y cómo implicar de verdad a los laicos en la misión de la Iglesia.

4. Sesenta años de Conferencia Episcopal Española

La visita del Papa a esta sede ha sido el momento más significativo de la celebración de los sesenta años de vida de la CEE. Nos ayudó a tomar conciencia de que, *cum Petro et sub Petro,* formamos parte del Colegio Episcopal y, en la comunión de las Iglesias particulares que peregrinan en España, ejercemos la colegialidad al servicio de nuestro pueblo. Da un significado especial a este sesenta aniversario la acogida y el desarrollo del Sínodo de los Obispos sobre la sinodalidad[11],

[11] Se señala en el *Documento final* del Sínodo: «Las Conferencias Episcopales expresan y ponen en práctica la colegialidad de los obispos para favorecer la comunión entre las Iglesias y responder más eficazmente a las necesidades de la vida pastoral. Son un instrumento fundamental para crear vínculos, compartir experiencias y buenas

que no anula ni sustituye la colegialidad ni el ministerio de comunión en la verdad y en la misión que los obispos, como sucesores de los apóstoles, desempeñan en las Iglesias diocesanas, pero que da un sentido renovado a la participación de los bautizados en la comunión y misión de la Iglesia, en la corresponsabilidad diferenciada de la que habla el *Documento final* del Sínodo.

En esta Plenaria tendremos en cuenta este momento de nuestra institución con diversas iniciativas. La realización de una «conversación en el Espíritu» a partir de estas cuestiones:

— Experiencia de funcionamiento de la CEE. Qué cosas habría que mejorar en el funcionamiento habitual de la CEE y en sus reuniones.

— Qué caminos podríamos explorar para que el discernimiento y la toma de decisiones sobre asuntos pastorales sea más sinodal y corresponsable.

— Cómo puede crecer el intercambio de dones (espirituales, materiales, pastorales, etc.) entre las diversas diócesis de España.

En esta Plenaria revisaremos el Reglamento económico de la Conferencia y se darán los primeros pasos para la creación de una nueva Vicesecretaría de Asuntos Jurídicos. Cada vez son más los asuntos para los que la legislación civil y canónica nos requieren respuestas ágiles: protección de datos, transparencia,

---

prácticas entre las Iglesias, adaptando la vida cristiana y la expresión de la fe a las diferentes culturas. También desempeñan un papel importante en el desarrollo de la sinodalidad, con la participación de todo el Pueblo de Dios» (n. 125).

cumplimiento normativo, legislación fiscal y laboral, cuestiones patrimoniales, delitos de odio, libertad religiosa, los propios cambios canónicos que el proceso sinodal vaya concretando, etc. Todo lo cual pide, cada vez más, la mejor coordinación y puesta en marcha de equipos de trabajo al servicio de la CEE y de las diócesis que precisen asesoramiento o ayuda. Tendremos también un acto conmemorativo de este aniversario.

Otros asuntos recogidos en el orden del día ocuparán estas jornadas para estudiar propuestas de las diversas comisiones episcopales. Destaco lo referido a la pastoral con jóvenes con la vista puesta en seguir impulsando el Proyecto Marco «Poneos en camino», este año con la preparación y participación en la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) de Seúl 2027 y la Peregrinación a Santiago de Compostela. En el campo litúrgico, las revisiones de algunas oraciones del Misal Romano y de la Liturgia de las Horas.

Termino con palabras del papa León XIV en el *angelus* del 17 de junio en el que se refirió con alegría y agradecimiento a su viaje a España:

> Durante mi visita pude experimentar con gran alegría la fe y el afecto de la gente, así como la sed profunda de congregarse unidos en Cristo. Los diferentes encuentros revelaron el deseo de escuchar el Evangelio y la inquietud por hacerlo vida en el mundo de hoy.
>
> La última etapa del viaje ha afianzado un aspecto muy importante, estamos llamados a ser testigos de Cristo compartiendo nuestra fe y nuestra cultura con los demás. Se nos invita a un diálogo entre las personas y los pueblos, en espíritu de fraternidad. Este camino no es fácil, requiere buena

voluntad y la ayuda de Dios, pero es la senda que nos conduce a la civilización del amor.

Queridos hermanos y hermanas, el lema de este viaje apostólico ha sido «Alzad la mirada» (cf. Jn 4,35). Son palabras que Jesús dirige a sus primeros discípulos para enseñarles a ver en las personas y en las multitudes el deseo de vida, de verdad, de plenitud. El Señor repite estas palabras, a mí el primero, y con su gracia lo he experimentado durante el viaje. Hoy quisiera compartir con ustedes esta invitación: ¡alcemos la mirada! Aprendamos de Jesús a mirar al prójimo, la gente, el mundo, «con los ojos de Dios», es decir, con amor, respeto y compasión.

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «Sedes Sapientiae»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edicion.edice@edicionescee.es

Noverim me, noverim Te